

Conchita Cabrera de Armida: mística, madre de familia y fundadora  
P. Fernando Pascual  
11-3-2011

Leer una biografía sobre Concepción (Conchita) Cabrera de Armida resulta apasionante. En esta católica mexicana, esposa, madre de familia y viuda, se reúnen aspectos que para algunos parecen incompatibles, pero no lo son: la vida mística, los deberes familiares, y la misión de ser fundadora de varias instituciones en la Iglesia.

Concepción Cabrera había nacido en San Luis Potosí, México, el 8 de diciembre de 1862. En su casa recibió la educación cristiana propia de su época. Estuvo poco tiempo en la escuela, pues dejó las clases cuando tenía 8 ó 9 años. Desde ese punto de vista, su formación fue bastante incompleta. Dios se encargaría de ofrecerle, más allá de lo que se puede aprender en las aulas, gracias muy particulares y conocimientos que muchos no alcanzan ni siquiera a través de años de estudio de teología.

En su hogar pudo leer vidas de santos. Una de sus primeras ilusiones infantiles consistía en llegar a ser ermitaña. Con la adolescencia, se hizo notar su belleza. Al acudir a un baile, cuando tenía sólo 13 años, se le declaró Francisco Armida (para ella, simplemente Pancho). Pronto formalizaron las relaciones, en un noviazgo que duraría casi 9 años.

¿Qué recuerdos tiene Conchita de ese noviazgo? Leemos en sus escritos lo siguiente:

“Tengo que agradecerle a Pancho que jamás abusó de mi sencillez; fue un novio muy correcto y respetuoso, y yo, siempre, desde mi primera carta, lo llevé a Dios. Me cabe la satisfacción de haberlo inclinado a la piedad siempre; le hablaba de sus deberes religiosos, del amor a la Santísima Virgen, etc. Él me regalaba oraciones y versos piadosos: el Kempis en un estuchito hermoso. Lo hacía frecuentar los sacramentos en lo posible, y desde aquel instante yo no dejé su alma” (Autobiografía I, p. 70-72).

El 8 de noviembre de 1884, un mes antes de que Conchita cumpliera 22 años, se celebraba el matrimonio. En algunas familias de aquel tiempo la esposa estaba sometida en casi todo al marido. Por eso no extraña lo que Conchita pidió a su esposo en el momento del banquete de bodas, según ella misma escribirá más tarde:

“Recuerdo que a la hora de la comida, mientras estaban en los brindis, se me ocurrió pedirle al que ya era mi marido dos cosas que me prometió cumplirlas: que me dejara ir a comulgar todos los días y que no fuera celoso. ¡Pobrecito! Fue tan bueno que años adelante se quedaba con los niños mientras yo volvía de la iglesia, y aún en su última enfermedad, mientras no perdía el conocimiento, me preguntaba si ya había ido a recibir a Nuestro Señor. Dios le ha de haber pagado este favor que era mi vida” (Autobiografía I, p. 110).

La vida matrimonial fue bendecida por la llegada de 9 hijos, algunos de los cuales murieron de pequeños, con el dolor que esto implica a sus padres. El tercero, Manuel, nació el 28 de enero de 1889. Cuando Manuel nacía, moría un sacerdote. Conchita no dudó en ofrecer a su nuevo hijo a Dios. Con el pasar de los años, este hijo decidió ser sacerdote jesuita.

La cuarta en nacer fue Concha hija, a la que Dios llamaría a la vida consagrada, y que llenó de alegrías el corazón de su madre, si bien murió bastante joven, como veremos más adelante.

En medio de sus muchas tareas como esposa, madre y ama de hogar, Dios trabajaba poco a poco en el alma de Conchita. En 1889, el año en el que nació su hijo Manuel, pudo hacer unos ejercicios espirituales en los que sintió la voz de Dios dentro de su alma. Así lo relató más tarde:

“Un día en el que me preparaba con toda mi alma a lo que el Señor quisiera de mí, en un momento escuché muy claro en el fondo de mi alma, sin poder dudarle, estas palabras, que me asombraron: ‘Tu misión es la de salvar almas’. Yo no entendía cómo podía ser esto; ¡me pareció tan raro y tan imposible!; pensé que esto sería que me sacrificara en favor de mi marido, hijos y criados. Hice mis propósitos muy prácticos y llenos de fervor, redoblando mis deseos de amar sin medida al que es Amor. Mi corazón halló su nido, encontró la paz en el retiro y la oración, pero tenía que salir al mundo y a mis obligaciones, con necesidad de andar entre el fuego sin quemarme. Con este crecido incendio en el corazón el celo me devoraba y ansiaba compartir mi dicha, con las enseñanzas sublimes que había aprendido” (Autobiografía I, p. 159-162).

A los cinco años de esta gracia (en 1894), y con permiso de su director espiritual, Conchita grabó físicamente en su pecho el monograma de Jesús (JHS). Ese gesto significó, para ella, el inicio de una mayor entrega al amor de su Señor, con quien se sentía unida en un desposorio espiritual. Al mismo tiempo, aumentaron las gracias particulares que recibía de parte de Dios. Así lo dejó expresado en su autobiografía:

“Parece que el Señor con el monograma abrió la puerta para derramarse en gracias. Desde ese día: ¡qué persecución, diré, qué ternuras, qué gracias, qué estupendas bondades con este barro vil! No me dejaba ni de día ni de noche, ni en la oración ni fuera de ella. Te quiero mía, lo eres ya, pero aún más quiero que lo seas, me repetía; acércate, quiero hacer contigo unos desposorios, quiero darte mi nombre y prepararte a grandes gracias” (Autobiografía I, p. 208).

Ese mismo año 1894 da inicio su actividad de fundadora, al poner en marcha su primera obra: el Apostolado de la Cruz. Esta actividad se prolongará en el tiempo con una fecundidad extraordinaria, pues surgirán luego otras cuatro fundaciones, además de la ya mencionada:

-En 1897, las Religiosas de la Cruz del Sagrado Corazón de Jesús.

-En 1909, la Alianza de Amor con el Sagrado Corazón de Jesús.

-En 1912, la Fraternidad de Cristo Sacerdote.

-En 1914, con el P. Félix de Jesús Rougier (1859-1938), los Misioneros del Espíritu Santo. Esta fundación fue posible gracias al encuentro, en 1903, entre Conchita y el P. Rougier (sacerdote francés), entre quienes surgió una especial sintonía espiritual.

Además de estas fundaciones, podemos recordar que Conchita inició, en 1935, la Cruzada de almas víctimas en favor de los hogares. Esta Cruzada invitaba a sus miembros, según sus respectivos estados de vida, a ofrecerse para expiar los pecados que se daban en los matrimonios y en la sociedad.

Volvemos al año 1894. Conchita hizo unos ejercicios espirituales que luego plasmó en propósitos sencillos, concretos, familiares. Podemos evocar, por ejemplo, lo que se propuso para vivir a fondo su cariño hacia el propio esposo:

“Con mi marido: tendré cuidado de no perder su confianza antes ganármela más y más; informándome de sus negocios, pediré luz a Dios para aconsejarlo rectamente.

-Procuraré que siempre encuentre en mí consuelos santos, dulzura y abnegación completa. Igual de carácter en todas las circunstancias, y él sí que vea traslucirse a Dios en todas mis obras para su provecho espiritual.

-Jamás hablaré mal, en lo más mínimo, de su familia; siempre la disculparé, teniendo cuidado de que respete la mía.

-Velaré por las economías sin descender a extremos, teniendo cuidado de que nada falte a los demás y haciendo personalmente muchas cosas que implicarían gastos. Estaré siempre despierta a todas las circunstancias. Daré del gasto las limosnas que pueda.

-En cuanto a la educación de mis hijos haré porque siempre caminemos de acuerdo, habiendo energía y rectitud de ambas partes, con especialísimo cuidado” (Diario, T. 4, p. 227ss, 6 de octubre de 1894).

Su vida de familia transcurre entre numerosas experiencias místicas. Es difícil recogerlas aquí, pero en sus escritos se evidencia la acción de Dios, que le va revelando misterios como el de la Trinidad, la Encarnación, la Presentación en el Templo, la importancia del Espíritu Santo, la Soledad de la Virgen, etc.

Con humildad, en medio de tantas gracias de Dios, Conchita acude a su confesor y a sacerdotes sabios para conocer si lo que escucha y percibe viene de Dios. Recibe mucha paz gracias al juicio de quienes ven cómo la Trinidad actúa en el corazón de una sencilla madre de familia numerosa.

En 17 de septiembre de 1901 llega una prueba dolorosa: la muerte de su marido Francisco, al que tanto había amado. Días más tarde escribirá en su diario, entre otros recuerdos de esos momentos, lo siguiente:

“Ya con anticipación me había ocupado de que se confesara y de que recibiera el santo viático... Le recé muchas veces las oraciones de los agonizantes, la recomendación del alma; lo exhorté cuanto pude hasta el instante de su muerte, con jaculatorias, actos de contrición, actos de amor y de fe y de esperanza, infundiéndole valor y confianza, que mil veces repetí con toda mi alma. Así pasé horas hasta que expiró, sufriendo con él mi corazón en su terrible agonía, asfixia y dolor. Pero no, no era yo sola la que entonces sufría, sino Dios conmigo, el cual me sostenía.

Cuatro de mis hijos, los mayorcitos, rodeaban su cama hasta verlo morir. Impuse silencio en momentos tan solemnes y dos sacerdotes lo absolvieron. En seguida recé la estación de los difuntos. ¡Oh Dios mío! Lo que mi corazón sintió sólo Tú lo sabes. Luego inmediatamente ahí, de rodillas, ofrecí al Señor con todo mi corazón la perpetua castidad y pureza.

Después le pedí perdón de cuanto lo hubiera ofendido, y ya que él veía todas las cosas, me pareció que comprendería el porqué de mis secretos espirituales para con él. Después de la extremaunción hice que aconsejara y bendijera a cada uno de sus ocho hijos y después se la pedí para mí, pidiéndonos ambos perdón. Y también, después que expiró, fueron uno a uno todos sus hijos e hice que me ofrecieran, ante el cadáver de su padre, ser buenos e imitar sus virtudes para tener una buena muerte. Después con mi hijo mayor bajamos a la caja al que fue mi compañero.

¡Oh noche de soledad, de dolor, de sufrimiento!” (Diario, T. 17, pp. 219-221, 27 de septiembre de 1901).

Conchita queda viuda con 8 hijos cuando tiene 39 años de edad. Tener una relación muy cercana con Dios e incluso experiencias de tipo místico no quita el sufrimiento de la pérdida de un ser querido. Una pérdida que se acentúa con la muerte de algunos de sus hijos, antes o después de la muerte de su marido. Pero supera sus penas interiores y consigue seguir adelante como madre de familia y como fundadora.

De los siguientes años de su vida podemos recordar una peregrinación que hizo en 1913-1914 a Tierra Santa, Roma y Lourdes. En la Ciudad Eterna consigue una audiencia particular con el Papa Pío X, con quien habla sobre sus fundaciones (las distintas Obras de la Cruz). El viaje está bellamente narrado en su diario, con notas que reflejan su fe y su sensibilidad humana y espiritual.

En 1917 inicia lo que puede ser vista como la última etapa de su vida interior: una mayor participación en el misterio de la soledad de la Virgen María. Será una etapa larga, misteriosa, de purificación, pues durará 20 años, hasta su muerte (en 1937). En un escrito de los primeros momentos de esta etapa encontramos las siguientes ideas:

“Recorro mi vida, tomo el pulso a mi corazón, veo mis cariños, ¡pasaron!, sus anhelos más ardientes, ¡pasaron!, sus vanidades y hasta pecados y desorden de operaciones y exagerados ardores por tal o cual cosa, ¡pasaron, pasaron! Yo quise mucho a mi marido, ¡pasó! Yo anhelé con viveza ser del Oasis, ahora me es igual ser o no ser, morir ahí o morir en un muladar, en mi casa, sola, acompañada, querida o aborrecida, honrada o despreciada. Sólo anhele que en mí se cumpla la voluntad divina” (Diario, T. 42, pp. 171-173, 16 de noviembre de 1917).

No por ello deja su esfuerzo constante por redactar en sus cuadernos lo que siente en su alma desde la acción de Dios, además de recoger en sus escritos otras experiencias personales como madre y como fundadora.

Resultan de una belleza especial las palabras que escribió con motivo de la ordenación sacerdotal de su hijo Manuel (jesuita):

“Te Deum laudamus!... ¡Yo, madre de un sacerdote! ¡Dios mío, si me siento anonadada! Pero ¿cómo debo ser, qué virtudes ejercitar? No sé sino llorar y agradecer, convidando a todo el cielo a dar gracias por mí, que no sé hacerlo, tan miserable, tan manchada y tan vil” (Carta a una amiga, 31 de julio de 1922).

En 1925, Dios le permitió una nueva prueba en el camino de la soledad: su hija Conchita, que había ingresado como religiosa de la Cruz, moría prematuramente. En su diario expresa parte del dolor que este hecho dejaba en su corazón de madre:

“Ayer a la una y tres cuartos de la tarde murió Teresa... ¡Dios mío de mi corazón, bendito mil veces seas! Después de veintinueve días de enfermedad y dolores agudísimos en todo el cuerpo murió la hija de mi vida. Fue un ángel, fue una víctima, fue una santa” (Diario, T. 41, p. 138, 20 de diciembre de 1925; se refiere a su hija con el nombre de Teresa, pues al entregarse a Dios Conchita hija adoptó el nombre de hermana Teresa de María Inmaculada).

Conchita refleja en sus notas manuscritas su profundo amor a México, su Patria, así como los sufrimientos de su alma ante las distintas revoluciones que se sucedieron y que propiciaron fuertes persecuciones contra la Iglesia. De manera especial, en el drama que desencadenó la revolución cristera, Conchita ve con pena cómo mueren muchos mártires. En una carta que escribe a una amiga en 1927 podemos leer lo siguiente:

“Ya tenemos muchos mártires en México que están haciendo favores. Bendito sea Dios, y Él sabe su cuento. Hay que adorar sus designios. ¿Para qué andar confiando en este o aquel medio?... Para Dios todos son medios y cuántas veces se complace en hacer las cosas contra todos los medios humanos, para que resplandezca más su gloria. En buena hora que suframos y roguemos, pero también debemos adorar sus tardanzas, amar sus miras y esperar contra toda esperanza el triunfo y la paz que nos dará sin duda. México no perderá la fe mientras tenga a María” (26 de mayo de 1927).

En esas circunstancias terribles, Conchita no deja de ayudar en lo que está de su parte, incluso escondiendo a obispos, sacerdotes o religiosas en su casa. Pero no puede con todo, pues Dios le permite una enfermedad seria en el año 1928 (en plena guerra cristera) que le hace pensar que la muerte está próxima.

Tras superar la enfermedad, piensa que debe escribir una carta a sus hijos para ofrecerles lo que (según ella pensaba en ese momento) serían sus últimos consejos:

“Si me muero, si ya Dios quiere llevarme, les recomiendo a todos sigan siendo cristianos valerosos y de fe, sin respetos humanos y practicando fidelísimamente las enseñanzas de la Iglesia, orgullosos de pertenecerle.

Cuidando con cumplir sus preceptos, siendo además generosos con Jesús que tanto nos ama, a quien tanto le deben y que quiere salvarlos. Les encargo que pasen su fe con enseñanzas y ejemplos a sus hijos, no escatimando sacrificios para educarlos cristianamente teniendo especial cuidado en formar sus almas y en que se eduquen en la religión.

Les recomiendo la unión, la unión, la unión...” (Carta, 28 de junio de 1928).

La vida sigue adelante. Sus hijos han ido dejando el hogar conforme llegaba el día de la boda. Manuel, el jesuita, está en España. Conchita participa discretamente de la vida de los suyos, pero se prepara poco a poco al encuentro con el Dios Trinidad al que tanto amaba.

Después de un camino largo de soledad, el 3 de marzo de 1937 llegó la hora de su partida al encuentro de Cristo que reveló todo su Amor en la Cruz y nos dejó, para siempre, la presencia del Espíritu Santo.

La Iglesia, a la que Conchita tanto amó, la presenta a los creyentes como ejemplo de virtudes cristianas. Después de análisis y estudios sobre su vida y sus escritos, Juan Pablo II firmó el decreto que la reconocía como venerable el 20 de diciembre de 1999.

(Estas líneas han sido elaboradas a partir de la publicación de Marie-Michel Philipon, *Conchita. Diario Espiritual de una Madre de Familia*, que lleva como fecha el año 1972. Esta obra ofrece numerosos textos de Conchita, algunos de los cuales han sido transcritos en este trabajo. La obra del P. Philipon puede leerse en internet, en español y en inglés: <http://apcross.org/conchita.htm>)

Para conocer las fundaciones de Conchita Cabrera, cf. <http://www.familiadelacruz.org>